

LA POESÍA COMENZÓ EN MEDIO DE LOS BOSQUES

ENTREVISTA CON

ELICURA CHIHUAILAF

Realizada por Cristián Arregui y Cristián Jofré

✱ Elicura, en el poema «Sueño Azul», escribes: «Salí a perderme en los bosques/de la imaginación/(en eso ando aún)». Y en *Relato de mi sueño azul*, sostienes: «Sentado en las rodillas de mi abuela –monolingüe del mapuzungun, el idioma de la Tierra– oí las primeras historias de árboles y piedras que dialogan entre sí, con los animales y con la gente. Nada más, me decía, hay que aprender a interpretar sus signos y a percibir sus sonidos que suelen esconderse en el viento». A propósito de esto, ¿qué lugar ha ocupado el bosque en tu creación poética y que relación ha guardado con tu propia vivencia?

Mira, yo he comprendido que la naturaleza es lo fundamental. La veo como un gran libro que nunca podré descifrar completamente. En esto, el bosque juega un rol muy importante, en el diálogo con el agua, con los pájaros, con los hongos, etcétera... Todo aquello que es visible e invisible, entre lo que se incluyen las piedras y las estrellas. La verdad es que yo crecí en el bosque, porque la casa y la ruca antigua, que estaba aledaña a la casa desde donde estoy conversando con ustedes, está al lado de un bosque antiguo, diverso. Hay también renovales, esteros y vertientes. Puedo decir que todo esto es parte del patio de mi casa. Y fue aquí donde aprendí aquello que hoy llaman «biodiversidad», concepto que oí después y que fui procesando con el tiempo. En mapudungún se dice *Itrofil Mogen*: una totalidad sin exclusión; la integridad sin fragmentación de la vida, que implica todo lo viviente. En esto también se incluye lo aparentemente inanimado, como las piedras, por ejemplo. Y esta biodiversidad «de mi patio» sigue siendo parte de mi vida cotidiana y trascendente, desde que estoy aquí. Acabo de subir, precisamente, a un cuarto que mira hacia el bosque. Todas las mañanas veo cómo los pájaros salen desde sus hogares, porque cada tipo de ave elige un sector y un árbol; como las torcazas o las tórtolas que llegan y se ponen delante de la casa o en sus alrededores. Cubren un espacio durante un tiempo y luego dan paso a otros pájaros. Y está el sonido de las bandurrias; verdaderas metáforas, porque con ellas viene también el espíritu del bosque, del agua, de la naturaleza. Son, diría yo, como las voces de los antepasados que viven aquí y que hablan y siguen hablando en mí y en todos los que hablamos, porque nosotros no hacemos más que continuar un conocimiento que comenzó con los antepasados. Nosotros, simplemente, vamos agregando nuestra propia experiencia.

✳ A propósito de esto, ¿qué lugar ocupa el bosque en la cosmovisión del pueblo mapuche?

Se relaciona con ese concepto-síntesis de *Itrofil Mogen*, que está en el centro del pensamiento o filosofía mapuche. Se trata de una comprensión de la vida desde una perspectiva un tanto diferente a lo que las culturas occidentales expresan. *Itrofil Mogen* nos está hablando de un orden natural que desde el punto de vista occidental se entiende a menudo como «desorden». El bosque nos enseña este orden natural; un desorden entre comillas, como se da en las estrellas o en las piedras.

✳ ¿Vives en la misma casa azul en la que naciste? Hemos oído que está en una colina, rodeada de hualles, sauces, nogales, castaños.

Sí, es una casa que tiene más de ochenta años y sigue siendo así. Pero así como parte de la familia ha pasado a otro espacio, también los árboles y los animales que nos acompañaban. Ahora son otros los que nos acompañan. Por ejemplo, el sauce ya no está. Incluso he buscado otro sauce, y no he tenido la suerte todavía. Hace un rato, precisamente, estuve viendo un macetero donde planté una varilla. Está verde; ojalá continúe viviendo.

✳ ¿Y la ciudad, la urbe, la *waria*? Parece constituirse como un polo opuesto al bosque y como un «contrasueño» en tu poesía. ¿Se trata de la vieja oposición entre civilización y barbarie? ¿O hay que entenderlo de otra manera? ¿Cómo comprendes tú esta oposición entre bosque y ciudad?

Siempre está la dualidad. Todo tiene su parte positiva y su parte negativa. Así se sostiene el equilibrio, a menos que llegue la violencia y entonces se genere un desequilibrio, como tantas veces ha ocurrido en este país, por ejemplo.

Así lo aprendí de mis abuelos y de mis padres. Uno simplemente va recogiendo las voces de los antepasados y las expresa a través de su propia habla. Yo escribí un poema en que digo que nadie elige nacer en un lugar, en un color, en una visión de mundo, en un idioma: pero sí tenemos una tarea, que es la de aprender a conocer lo que nos ha tocado; porque conocer lo que nos ha tocado es una manera de amar. Eso implica también amarse a uno mismo. Si uno no se ama, si uno solo se mira en el espejo de la incredulidad o en el espejo físico y no tiene ternura con esa imagen, difícilmente puede respetar la diversidad. A mí me tocó salir al exilio de la ciudad y me costó vivir en ella. Nunca logré desenvolverme tranquilamente en la ciudad. Por eso hablo del exilio de la ciudad que vivimos nosotros, los mapuche, como pueblo nativo. Nuestra cultura es distinta a la que transcurre en las ciudades. Y siempre es duro tener que aprender a convivir allí, a desenvolvernos. Uno sigue siendo el que es en la infancia; eso va con uno.

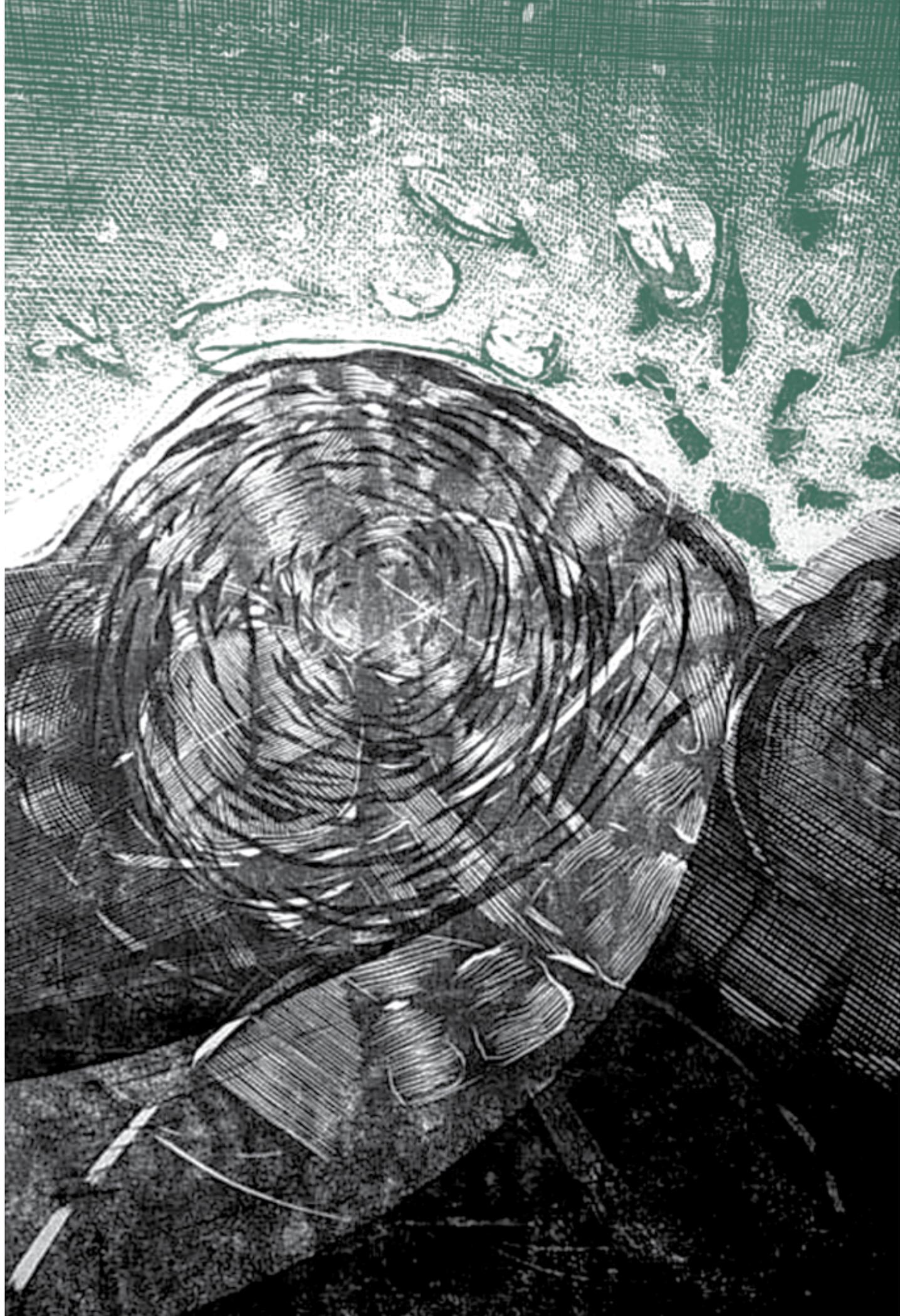
✱ ¿Fue la poesía también una forma de reingresar a ese mundo de tu comunidad, de los bosques, en el que habías vivido tu infancia? ¿La poesía fue, en este sentido, una forma de resistencia dentro de la ciudad?

Mira, yo creo que la poesía fue simplemente la exteriorización de algo que viví en la infancia. Bueno, nosotros, al salir a la ciudad, nunca cortamos la conexión con nuestra comunidad, y todos los fines de semana y durante las vacaciones, volvíamos aquí. Pero la poesía comenzó en medio de los bosques, porque nosotros cabalgábamos entre los árboles, íbamos a ver los animales, las ovejas. Sentíamos, observábamos el paso del agua, cuyo sonido se escuchaba desde casa. O la visión de la nieve. Yo hasta ahora tengo la costumbre de que cuando nieva, a cualquier hora, salgo. Me pongo las botas y mi abrigo, y salgo a caminar en medio del bosque nevado; allí me encuentro debajo de toda la vida. En ese libro de la naturaleza están las metáforas, la visión poética.

A propósito de la nieve, tengo un recuerdo con mi hermano, de cuando recién tomamos conciencia del bosque y lo vimos como algo mágico o maravilloso. Soy el menor de cinco. Compartía mucho con un hermano que era dos años mayor que yo, quien desapareció tempranamente. Una vez, cuando yo tenía diez años más o menos, descubrimos, sorprendidos, pétalos blancos como la nieve; aparecían ahí y no veíamos de dónde venían. Eran de los ulmos que crecían entre otros árboles, pero no alcanzábamos a ver sus flores. Solo sus pétalos, dentro del bosque como si fueran nieve. Era una especie de ilusión.

✱ En otro lado hablas de lo nativo, como de un componente que cada uno tiene dentro de sí. ¿Será que en la ciudad perdemos de vista lo nativo de nosotros mismos?

Cuando uno tiene la experiencia de habitar —o que lo habiten— culturas diferentes, existe una búsqueda del encuentro entre ellas. Yo soy mapuche, pero también me habita la chilenidad y he conocido también otras culturas que me han aportado; entonces busco e intento establecer un puente entre ellas. Miro lo nativo desde esta perspectiva. Me doy cuenta de que en todas las personas habita lo nativo y la ciudad, claro, nos aleja, nos aparta, nos divide de eso. Pero muchas veces, cuando alguien me dice: «Oh, qué linda esta flor» o este árbol, volcán, río, pájaro; yo digo: «Oye, pero si es un nativo el que está hablando». Porque desde la ciudad, los pájaros son un elemento más y pierden todo su esplendor. A través de mi experiencia, me he dado cuenta de que no existe ninguna cultura en el mundo, ningún ser humano, ningún pueblo, que no provenga de lo nativo. La más hermosa blanquidad, rubiedad, negritud, amarillentud, morenidad... provienen de pueblos nativos.



*** ¿Bosque y la ciudad serían mundos irreconciliables, mutuamente excluyentes, o es posible encontrar una armonía, una coexistencia, entre estas dos dimensiones del habitar humano?**

Si hablo desde lo que más conozco, desde lo mapuche, puedo decir que nuestros antepasados lucharon en contra de las ciudades. Destruyeron las ciudades, porque estas significaban invasión y colonización. Comprendieron, muy tempranamente, que la ciudad no es la mejor manera de vivir. Pero hoy en día sabemos también que, dada la densidad poblacional en el mundo, las ciudades son quizás inevitables. Así como irrumpieron en la naturaleza, hoy la naturaleza debiese irrumpir en ellas, para hacerlas mucho más habitables, mucho más respirables.

*** Has hablado también de una oposición entre un Chile profundo y un Chile falso o superficial. Me parece que tú defiendes una vinculación, incluso una hermandad, podríamos decir, entre los lugareños de ese Chile profundo y el pueblo mapuche.**

Claro. En mi libro *Recado confidencial a los chilenos*, en la versión más reciente, incluyo algo que había planteado en artículos desde hacía algunos años: mi constatación de esta doble realidad, del Chile superficial y enajenado, por un lado, y del Chile profundo, por otro. En general está el problema y la confusión en el ciudadano común y corriente, chileno, chilena, que no tiene ninguna manera de influir, de forma práctica, en las determinaciones del Estado. Y el Estado lo conforman, como sabemos, un pequeño grupo de familias que se instalaron y se adueñaron de él y que han sido permanentemente excluyentes. Entonces, cuando nosotros hablamos del *winka*, que sigue existiendo, bueno, *winka* significa «usurpador», y este *winka* sigue existiendo en esa chilenidad superficial y enajenada; superficial, porque no reconoce, no asume una existencia profunda en este territorio que nos usurparon como pueblo mapuche. Ese *winka* instaló el concepto de blanquidad y una serie de conceptos unívocos y opuestos a la vida nuestra. El concepto de progreso, por ejemplo, o de un «desarrollo», tal como lo hemos visto, *en contra* de la naturaleza y no *con* la naturaleza. O la exclusión de la legitimidad, que quedó aplastada por la legalidad. O el concepto de salud, donde lo que importa es el cuerpo y no el espíritu, que es lo principal para nosotros. O una historia donde se celebra solamente a padres de la patria, y no a madres... Y, por otro lado, está el Chile profundo, huérfano, cuya historia también ha sido excluida de la historia oficial. Yo creo que nosotros tenemos la tarea de generar un puente con el Chile profundo, que tiene sus raíces en las culturas nativas de este territorio hoy llamado Chile. Y tenemos que realizar la tarea de visibilizar esa muralla de conceptos, porque hay aquí un problema conceptual, con el que han pretendido separarnos y borrar nuestros vasos comunicantes. Yo lo expreso desde mi propia experiencia. Como lo insinuaba, yo asumo bien, hoy en día, la chilenidad que me habita, porque no puedo ser un demediado. Amo profundamente lo que soy, que es la mapuchidad, pero también acepto este ser chileno, este espíritu chileno que también habla en mí.

★ **Elicura, es decir, habría chilenos que, al no ser «usurpadores», no serían *winka*...**

Desde luego, absolutamente. Por eso, los más afectados, luego de esta historia que se ha llamado «pacificación de la Araucanía», son esos chilenos. Hay chilenos y chilenas que también han sufrido el rigor de la historia.

★ **A propósito de ese diálogo que debe construirse entre cultura chilena y tradición mapuche, ¿piensas que ya se ha establecido un puente con la poesía chilena? En esta existe una vertiente de autores que cultivan una admiración por el bosque, como Juvencio Valle o Pablo Neruda, por ejemplo. ¿Cuál es tu diálogo con estos autores? ¿Es posible abrir desde ahí un espacio de encuentro entre la tradición mapuche – aquella *oralitura*, de la cuál tú hablas– y la identidad chilena?**

Desde luego. Cuando estuve en la escuela, de chico, yo era una especie de declamador oficial, porque me llevaban para todos lados para hacer declamaciones, generalmente de textos que no me interesaban mucho; pero creo que hay adelantados y adelantadas en Chile, los que conocí tardíamente. Ustedes mencionan a Neruda, quien se declaró mestizo; está Gabriela Mistral, quien se declaró india, etcétera. Hay que recordar a Pablo de Rokha, también. Si pensamos en la música, tenemos que recordar a Violeta Parra, que vivió la tristeza, como hemos sabido en su biografía reciente, de no haber hecho más explícito su vínculo con lo mapuche. Y a Víctor Jara, quien escribió sus últimas composiciones en una comunidad cerca de acá, en la zona de Lonquimay. Entonces, hay adelantados y adelantadas, chilenos, chilenas, que señalaron ese camino. Parte de la tarea es conocer lo que ellos pensaron, porque hoy se habla mucho de esos nombres, pero en verdad hay ahí un pensamiento que falta por retomar.



*** Y a propósito de los poetas, podemos subrayar la figura de Jorge Teillier, especialmente importante para nuestra revista, por todo lo que dice relación con lo *lárlico*. El lar es un espacio poético en que los chilenos y los mapuches se reúnen en paz; tal vez sea por el ritmo y atmósfera de sus imágenes, que integran a la tierra y hacen referencia a los antepasados, a los elementos del paisaje, y a ese tipo de vida más honda y auténtica que se da en la provincia y en la infancia.**

A través de Esteban Navarro y Guillermo Riedemann, que me dio a conocer mucha de la poesía chilena que hasta ese momento desconocía, tuve la oportunidad de conocer a Jorge Teillier, y bueno, pudimos relacionarnos con cierta familiaridad, porque mi hermana era la mejor amiga de la mujer de su hermano, Fernando Teillier. Con Jorge hablamos un par de veces, en mi casa, sobre esto de lo *lárlico*. Aquí en Chile, lo *lárlico* lo vinculaban con la poesía rusa, con Esenin, particularmente y luego con poetas franceses, pero lo que me hablaba Jorge era que él conoció la cultura mapuche a través de su padre, quien era dirigente comunista, y él muchas veces acompañó a su padre a comunidades y compartió fogones, en alguna fiesta, o algún ritual; entonces, decía él, lo *lárlico* es todo lo que expresa el lugar, y la cultura mapuche es cultura de la tierra; es decir, hay un espíritu en común. Yo, desde luego, compartía esa afirmación. Él me decía que aprendió mucho de este conocimiento y vivencia de la cultura mapuche. Es la mirada del chileno que escribe dentro de ese espíritu de fogón, de memoria de la infancia, de los relatos del imaginario, de mirar las estrellas o de acercarse al estero para escuchar sus ruidos.



✳ En la cosmovisión mapuche y, por ende, en tu poesía, la visión del bosque guarda siempre un sentido espiritual. En tu escritura estableces una conversación, un diálogo con la naturaleza, que parece hablar en presentimientos, en silencios; en el sonido de las hojas, en las raíces de los árboles, en los aromas; en una totalidad, un mundo vivo al fin. ¿Hay aquí también una aproximación a lo que el mapuche comprende por belleza? ¿O a algún concepto en *mapuzungun* que se relacione con el desvelamiento de lo bello?

Bueno, para el mapuche, la belleza está siempre personalizada. En general, con un espíritu femenino, porque la tierra para nosotros es fundamentalmente femenina. Por eso se dice, incluso, que las mujeres están en armonía con la naturaleza. Los varones, en cambio, somos advenedizos; esto se expresa en una dificultad de vivir. Uno lo ve en los hospitales, por ejemplo, cuando en el primer segundo, minuto, hora, día, semana, mes, año, mueren más los varones que las mujeres, por lo menos es lo que yo sé, no sé si habrá cambiado, pero creo que debe seguir siendo igual. La belleza, el amor también, está personificado como mujer. Yo he empezado un relato que se llama el *epeu* de *kalfü malen*, la niña azul, que representa el amor. Pero el concepto, en el fondo, no es distinto a lo que se expresa en cualquier cultura. Tenemos el sentido de la belleza, como un pequeño temblor que nos permite, de pronto, descubrir en algo, en una flor que se abre, en un insecto que muestra sus colores, en un pájaro que emprende su vuelo, ese misterio que quisiéramos entender, comprender un poquito mejor, y que nos deja abierta una conexión, desde lo terrenal que somos, hacia nuestro propio espíritu, que es parte del universo. Cuando se abre una flor se nos abre también la visión del infinito.

✳ Así como nos decías que los antiguos mapuches destruyeron las ciudades españolas, porque veían en ellas un tipo de vida no consonante con la tierra, hoy en día el bosque parece ser un refugio privilegiado, donde el mapuche resguarda parte importante de su memoria ancestral. ¿Cuál es el impacto que tiene para el pueblo mapuche la explotación y la destrucción de los bosques, y la suplantación de estos por plantaciones de monocultivo?

Para nosotros es un atentado terrorista. Es el mayor atentado terrorista que se realiza hoy en día aquí y en muchas partes del mundo, porque la desaparición del bosque significa que está desapareciendo el agua. Por esto, nuestro principal problema es la presencia de las forestales. Cuando desaparece el agua, desaparece la vida. Somos fundamentalmente agua. Entonces ¿qué acto de mayor terrorismo hay, si no este? Y todo lo que conlleva, porque cuando llegan las forestales, llegan también las mineras, la contaminación, etcétera.

★ En ese sentido, ¿puede haber verdadera justicia y vida buena sin los bosques?

Claro que no. Es imposible. Hoy día todos los ríos están amenazados. Mi comunidad está cerca de un río que se llama Allipén, amenazado por varias represas de paso, unas más grandes que otras. Si sumamos, es una intervención tremenda al ecosistema. Hemos tenido que marchar, como lo han hecho en toda la región, defendiendo los diversos ríos; hacer actos culturales junto al río Allipén. Se ha logrado en este caso detener esas construcciones, pero ¿hasta cuándo?, esa es siempre la pregunta. Entonces la invitación es a que debemos, todos, defender el agua. De ahí nace la necesidad de aliarnos, los pueblos nativos y el pueblo del Chile profundo, porque el agua no tiene nacionalidad ni clase social.

★ Además, hay una correlación directa entre la violencia que se ejerce contra la tierra y la violencia que se está ejerciendo en contra de los pueblos mapuche y chileno profundo, ¿no?

Totalmente. Lo que señala este pequeño grupo de familias que vive en función de su codicia, es que nos oponemos al desarrollo. Pero es un desarrollo contra la naturaleza. Ellos nos ven como un problema. Por eso se habla del «problema mapuche». Pero también el pueblo chileno profundo se constituye en un problema cuando se levanta para defender cuestiones que son fundamentales, como la salud o la educación. Hay que recordar que en la prensa que pertenece a estos adinerados, a estos codiciosos, se habló del «problema estudiantil», por ejemplo.

★ En *Recado confidencial para los chilenos*, a propósito de tu invitación al diálogo, señalas que escribes desde «el olvido», pero también «desde el futuro de la memoria» con el fin de reconstruir ese puente entre mapuches y chilenos.

Sí. Lo hago para llamar la atención sobre el concepto del tiempo. Yo entendí que el tiempo es circular. La vida es circular. Somos presente solo porque somos pasado, y por eso tenemos memoria; y desde luego, tenemos al mismo tiempo un futuro. Por eso es que como cultura mapuche somos una cultura del *peuma*, de los sueños. El futuro vive en nosotros también. Entonces, cuando queremos hoy un futuro mejor, lo que anhelamos, en el fondo, es que el pasado se constituya en futuro. O sea, esto va girando, permanentemente. Si perdemos la memoria del pasado, nos dicen, perdemos la memoria del futuro. Por eso yo hablo de esa forma, con la intención de llevar a una conversación, a un diálogo, hoy muy necesario, porque vivimos un tiempo en que las utopías, los sueños, parecen soterrados, desaparecidos. Por esto me parece tan importante que estemos conversando para esta revista. La conversación es un acto de subversión que nos permite contar con franqueza, con aciertos y equívocos, lo que estamos sintiendo cada uno, desde la historia que llevamos como seres humanos.

Quechurewe, septiembre de 2018.